

Reino de Aldor

# Los Hombres de Ultramar

Sacha Marquiza Reyes (Arvirago)

## *Dedicado*

A Olivia, mi esposa, mi aliento.

---

## *Agradecimientos*

A Alienna, Annatar, Azure, Celdor, Cuervo, Darish, Elzian, Euneas, Finwë, Jade, Jotun, Khayman, Kim, Lomi, Mantrol, Marauder, Markus, Monosis, Nathoo, Noghasar, Nomada, Parn, Parsala, PicaroPsionico, Renne, Rocamora, Sagarilla, Sam, Scha, Sendar, Sharwin, Silicore, Soleil, Spin, Tartaro, Tuerceviolines, Tzalem, Valens, Valraen, Vicciv, Volgadok, Wojojoi, y tantos otros que no podría nombrar pero que aportaron mucho a este mundo.

A Elora (Sol) que revisó el manuscrito y aportó innumerables correcciones y sugerencias.

Y en especial a todos los aldorianos que han sido y serán, por ser partícipes y también artífices de una gran creación, de la que este libro es sólo una parte.

---

## *Más información*

En la wiki aldoriana tienes mucha información no incluida aquí: [wiki.aldor.es](http://wiki.aldor.es)

## ÍNDICE

NOTAS DEL EDITOR	4
PRÓLOGO	5
1. NUEVAS COSTAS	7
2. LA NOCHE DE LOS MUERTOS	22
3. LA BATALLA DE LA EMPALIZADA	42
4. LA FORTALEZA DEL VADO	57
5. LOS SEÑORES DE LA LUZ	83
6. LA CAPA DEL REY CUERVO	102
7. LA CIUDAD SUMERGIDA	139
8. UN REGRESO INESPERADO	152
LOMBER	165
ANEXO I ~ POEMAS Y RELATOS	173
ANEXO II ~ ALDOR	191
ANEXO III ~ UDUKÁN	193
ANEXO IV ~ SIRDARIA	200
NOTAS	204

## NOTAS DEL EDITOR

### *Fuentes*

La recopilación de los relatos que aquí se presentan se basa fundamentalmente en el diario personal de Lord Angrey Lacroix, importante documento que nos permite conocer de primera mano los acontecimientos con los que se inició el Reino de Aldor. Estos datos se han completado con anotaciones de la época, de la mano de Dilvanor Lassion, procedentes de los registros conservados por los señores elfos en la biblioteca de Yag-Soldor.

Algunos aspectos auxiliares, en especial descripciones y costumbres de reinos y tribus, proceden de los escritos de diversos eruditos, como Altair el Sabio, Caeneras el Viejo, o el norteño Sam Chày-Påske, o bien de la Enciclopedia Mintson del Nuevo Mundo. También se han recabado hechos y nombres de correspondencia familiar de los archivos de antiguas casas aldorianas como Txalaxa, Matthrel o Samanar-Glenn.

A todos ellos mi agradecimiento.

### *Apunte sobre nombres eyneos*

Los nombres propios de lugares que poseen una forma actual en aldoriano se han escrito en ésta, en lugar de utilizar el original eyneo, como *Ymber* (en lugar de *Ymbëre*), al igual que los nombres de dioses y otras palabras eyneas con correspondencia aldoriana. En especial se ha usado la forma aldoriana para el propio *Aldor*. Estos nombres se escriben además sin tilde, pese a ser palabras llanas.

Otros nombres propios que no tienen correspondencia directa en aldoriano se han mantenido en su forma eynea, como *Mel Angöre* (en lugar de *Angor*). Lo mismo ocurre para la mayoría de apellidos, como *Lacroix* o *Litigatt* (por *Delacroix* o *Litiak*).

## PRÓLOGO

*Segundo día del mes de Pamis de 6561*

*Soy Angrey Lacroix, alférez de la guardia en el Palacio de las Cien Puertas de Talia, y ahora capitán y escudero del príncipe Aldor.*

*Tras desentrañarme los secretos de la escritura, mi maestro Aasgiron me ha encargado este diario, para registrar los acontecimientos ocurridos en nuestra singular odisea navegando a través de los mares y en el remoto continente oriental. Tanto si tenemos éxito como si fracasamos en nuestra gesta y nos perdemos en el olvido, espero que estas letras perduren y las gentes por venir puedan así saber de primera mano cómo ocurrió todo.*

*¡Zarpamos en tres días!*



# Reino de Aldor

## 1. NUEVAS COSTAS

Por fin pisamos tierra firme.

Todo era muy distinto a como yo lo había imaginado. En mis febriles sueños a bordo nos veía descendiendo triunfantes a una playa blanca; el príncipe Aldor clavaba su espada en la fina arena tostada por el sol, mientras los marineros y soldados vitoreaban contentos. En cambio la realidad era otra. Avanzábamos pesadamente con el agua por las rodillas, procurando no mojar los fardos de armas y comida que cargábamos sobre los hombros. Una molesta llovizna nos golpeaba la cara en la tarde gris, y sólo los marineros más veteranos parecían alegrarse de haber fondeado sanos y salvos, antes de que anocheciera del todo.

Atrás quedaba la larga travesía –catorce meses habían pasado desde que dejamos las costas de Eynea–, las aventuras en las islas de los contios, y los horrores del Mar Boreal que relataré en otra ocasión, cuando su visión no atormente ya mis noches.

Con la mecánica fluidez que otorgaba la prolongada práctica, el ejército de Aldor comenzó a preparar el campamento. Los capitanes impartieron las órdenes oportunas, los exploradores comenzaron sus rondas hacia el norte, sur y este, mientras se desempaquetaban los primeros bultos, los porteadores traían leña y agua potable, y los soldados se afanaban en sus diferentes tareas, unos comenzando a erigir la empalizada, otros levantando las tiendas, y otros finalmente organizando la tropa y asegurando el perímetro, para lo que se disponían vigías y ballesteros. Los marinos, por su parte, seguían descargando la comida y el vino para esa noche. Nos esperaba otra cena más de pan duro de centeno y tiras de carne seca, pues hasta el día siguiente no saldrían las primeras batidas de caza, y hacía semanas que habíamos consumido las últimas verduras.

Mientras toda esta actividad se desplegaba a mi alrededor me concentré en mis propias tareas, supervisando a los mozos encargados de la tienda y del caballo del príncipe, y ocupándome yo mismo de sus armas. Me gustaba hacerlo sentado en la puerta de la tienda, pues así podía ver y escuchar a los carpinteros y artesanos atareados en sus quehaceres, mientras yo pulía la armadura y el escudo.

## Reino de Aldor

En cuanto las armas estuvieron listas, Aldor me hizo una seña con la mano, autorizándome a partir. Mi señor me conocía bien, y sabía que Aasgiron el clérigo me esperaba en las rocas de la orilla para el ritual de agradecimiento a Leit, dios de las aguas. Bajé a la carrera hasta la playa, donde el viejo sacerdote ya había preparado un espacio vacío de arena junto a las rocas, allanándolo con su extraño mangual, y había colocado en el centro la Caracola del Retorno. El mar estaba ahora en calma, con esas mareas bajas de última hora de la tarde que descubren las danzas de los cangrejos en la arena y los charcos. El sonido de las olas lamiendo la costa, con la misma voz que en nuestro hogar al otro lado del mundo, reconfortaba en cierta medida a los que conocíamos y amábamos el mar.

Tras las plegarias a Leit por su protección durante el largo viaje, Aasgiron sopló fuerte en la caracola, y su llamada profunda se elevó sobre el entrecocar de clavos y maderas del campamento, resonando en la escarpada costa que se extendía hacia el sur, más allá de la playa, haciendo callar a las oscuras pardelas que allí anidaban. Sin embargo, esta vez no esperábamos retornar al calor de nuestros hogares, pero no me atreví a preguntar a Aasgiron sobre el particular. Por último, el clérigo lanzó a las olas dos pequeñas ramas de saúco que aún atesoraba en su morral, finalizando así el ritual, y guardó la gran caracola en su mochila.

Siendo de Corinois, yo estaba más familiarizado con el mar y la navegación que muchos de mis compañeros, y aún así los meses en el océano habían dejado en mí una honda impresión, que aunaba la fatiga por las vicisitudes soportadas al espanto por los horrores padecidos.

La última tormenta, además de llevarse uno de los barcos, nos había desviado hacia el norte. De hecho, la mañana anterior divisamos fugazmente la línea de costa a estribor, mientras el furioso viento nos arrastraba como a una cáscara de nuez, y los mástiles que aún se erguían ululaban en lastimera queja. Ante nuestros ojos se deslizó una isla arenosa envuelta en brumas, que según Siheler, la maestra navegante, marcaba la entrada a la bahía del antiguo asentamiento de Mel Angöre. Ése era nuestro destino, y sin embargo se alejaba sin que pudiéramos remediarlo.

*Fue allí, en aquellas aguas bravías y revueltas, donde tuve mi primera visión: un guerrero escamoso que asomaba entre las olas y alzando un gran tridente parecía*



*hacerme señas.*

Cuando por fin amainó la tormenta y pudimos gobernar el timón, tras muchas horas de lucha contra las olas, nos encontramos en otra gran bahía, unas cuarenta leguas más al norte. Aldor consultó con Siheler la posibilidad de virar de nuevo al sur y recuperar el rumbo perdido, para intentar el desembarco en el viejo asentamiento eyneo y descubrir así qué había ocurrido con los habitantes de Mel Angöre. Sin embargo, ante la escasez de agua y alimentos, y las crecientes quejas de la tripulación, que ansiaba bajar a tierra y evitar así la posibilidad de desviarnos aún más al norte (y acercarnos de nuevo a las peligrosas aguas de las serpientes marinas), el príncipe decidió dirigir los barcos hacia la costa, anclar frente a la gran playa que reposaba en el centro del golfo, y montar allí el campamento base. En verdad resultó un buen emplazamiento, protegido de los vientos y con acceso a fuentes de agua dulce y madera. En cambio la pequeña elevación que ocupamos junto a la playa no era lo suficientemente escarpada para disponer de protecciones naturales, por lo que habría que construir buenas defensas, como se vio más tarde.

No era preciso que la maestra navegante escrutara las estrellas y nos informara de cuánto nos habíamos desviado hacia el norte, pues el frío era evidente para todos en aquel atardecer del mes de los difuntos. Cuando el sol, que había vuelto a nuestra patria en Eynea, logró escapar del tormentoso mar de nubes sobre nuestras cabezas e iluminarnos con sus últimos rayos antes de desaparecer bajo el horizonte, se encendieron las primeras luces en la cubierta de la *Golondrina*, nuestra orgullosa nave principal ahora maltrecha, y en el resto de barcos, pero todos los que estábamos en tierra volvimos nuestros ojos y nuestros pensamientos hacia el este, donde antiguos bosques y colinas nos acechaban con peligros desconocidos en la creciente oscuridad.

Esa noche los bardos no cantarían poemas ni cuentos junto a las hogueras, pues todos estábamos extenuados. Pero antes de que los hombres se retiraran a descansar, excepto quienes comenzaban sus guardias, Aldor se encaramó a una gran piedra redonda que se alzaba cerca del centro del campamento y todos nos apiñamos alrededor a escucharle.

– Queridos compañeros... ¡lo hemos logrado! – un coro de vítores y alegría se alzó

a su alrededor, pues el alivio se reflejaba en nuestras caras desde que pisáramos por fin tierra firme. – Hemos superado numerosas pruebas y dificultades – gritó Aldor, – pero aquí estamos. Antes que nada quiero ofrecer mis respetos por los compañeros perdidos en la tormenta de ayer. Dieciséis barcos partieron de Arkus, y sólo quince están aquí hoy. Construiremos un nuevo hogar y completaremos nuestra aventura, para honrar a los caídos.

En ese momento el príncipe abrió su mano izquierda y pudimos ver que contenía un lirio blanco, símbolo de Esparoa. El capitán Frenhild y la mayoría de tripulantes del barco perdido procedían de dicha ciudad. Aldor arrojó con cuidado la flor a la hoguera cercana y alzó su mano derecha, que portaba la espada. Su voz sonó aún más clara.

– Todos conocéis lo ocurrido en Talía y los hechos que rodearon nuestra partida. No estamos aquí como soldados de conquista; esta vez somos colonos. Ya no estoy entre vosotros como Duque de Batalla, ni tomaré otro título del viejo reino. A partir de ahora ya no somos eyneos. No tendremos patria ni nombre hasta que lo hayamos ganado y fundado.

La importancia de este hecho fue calando poco a poco en los que escuchábamos. Ya no éramos ciudadanos de Eynea, la cuna de la cultura, la más avanzada civilización que la humanidad hubiera conocido. Éramos parias abandonados a su suerte en una costa lejana.

– Muchos habéis dejado amigos y familia en el continente occidental. A otros muchos podréis verlos cuando el resto de la flota parta de Contia hacia aquí. Mañana por la noche zarpará la Golondrina y los otros barcos hacia Arkus para avisarlos. Si alguno desea volver ahora, no será despedido con deshonor – nadie se movió. – Al resto, yo os digo que aquí y ahora comienza una nueva vida para nosotros. No miréis atrás pensando que hemos perdido un hogar, mirad al frente y pensad que crearemos un reino.

Todos explotamos en un gran grito de entusiasmo, y con ánimo esperanzado comenzamos a retirarnos a las tiendas. Aquí, en estas nuevas costas que la voluntad firme del príncipe Aldor nos ha llevado a conquistar, pasaremos nuestra primera noche. Mentiría si negara que a pesar de todo dormiremos con ominosos presagios,

enfrentados a una nueva frontera de misterio y aventura que comenzaremos a desvelar mañana, con la luz del alba. Hoy es la noche del vigésimo tercer día del mes de Ruballa del año 6.562.

---

Nuestro primer día en el continente oriental amaneció despejado y brillante. Sólo algunas nubes altas se alejaban hacia las oscuras lomas que se adivinaban al nordeste. El campamento quedó terminado al final de la mañana, y los exploradores que habían partido la tarde anterior iban volviendo de uno en uno, e informando a sus superiores. Eran hombres rudos del bosque, acostumbrados a dormir en los brezales, a ver con la luna, a seguir al zorro y la gineta; hablaban poco y siempre tenían su arco a mano. Según pude entender de sus palabras con Meris, los alrededores parecían tranquilos, bosques sin amenazas evidentes, y ni siquiera se habían visto rastros de tala y aprovechamiento de leña, lo cual resultaba alentador.

La Golondrina y las otras catorce naves no partirían hasta la marea de la noche, y aún quedaba mucho trabajo por hacer. Se organizaron las partidas de caza y recolección de comida para hombres y caballos, y plantas medicinales para los enfermos que traíamos a bordo; se acondicionaron las cocinas, las letrinas y los establos, y los soldados que no estaban de guardia ni trabajando pudieron volver a su instrucción militar. Los carpinteros comenzaron la construcción de almacenes y carretas, e intentaron reparar los destrozos que las últimas tormentas habían causado en los barcos.

Al atardecer los marinos, incluyendo algunos contios que habían sido enrolados en el último puerto, se dedicaron a la pesca en la costa. Si las capturas eran buenas, dejarían una parte en tierra antes de zarpar, y podríamos disfrutar de más variedad en nuestro rancho. Los intrépidos medianos hicieron muestra de su gran habilidad con las jábegas, remando en sus chalupas mientras desplegaban las redes en forma de media luna, que serían arrastradas luego desde la costa por los humanos, más fuertes que ellos.

Mientras miraba cómo las redes palpitaban en el aire con peces y langostas agitándose en su interior, pensé en el viaje de vuelta que tendrían que realizar los

marineros, alejándose de la costa y de las corrientes que ascienden desde Halayad y que nos habían impulsado hacia el norte, para encontrarse con el frío viento boreal que les permitiría volver hasta los puertos de los medianos, en la Confederación Contia. Allí, anclada en los muelles arkusianos, esperaba el resto de nuestra flota: ciento cuarenta y cuatro barcos llenos de soldados, colonos, mujeres y niños, que aguardaban noticias antes de avanzar.

Aunque sin duda sería una dura travesía de vuelta, por mares poco explorados y con las naves dañadas, que sólo podrían ser reparadas adecuadamente al llegar a puerto, aquellos marinos no parecían envidiar nuestro destino, que nos llevaría en breve a explorar estas costas hostiles. Nuestro nuevo campamento, al que mi señor ha bautizado como *Ymber* durante la ceremonia de fundación y juramento a Eldor que el clérigo Turanda ofició esta mañana, no es sino una pequeña fogata, una débil luz de civilización en un océano de oscura barbarie, y aún así me temo que pronto habremos de abandonarlo para recorrer estas colinas.

Además de la buena nueva sobre nuestro desembarco y la orden del príncipe Aldor para que el resto de la flota parta hacia aquí, la Golondrina llevará a Contia las que quizás sean las últimas cartas y noticias de nuestra expedición que puedan llegar a nuestra tierra desde allí a bordo de algún mercante. Durante toda la mañana los soldados han estado acosando a los pocos que sabemos escribir, pidiéndoles que transcriban sus cartas privadas, a menudo simples notas garabateadas en trozos de papel: un último adiós a padres, hermanos o primos que quedaron en Eynea. Siheler las ha añadido al gran arcón que ya contenía la correspondencia oficial dirigida al palacio de Talía, y que izarán a bordo antes de zarpar.

En cuanto partan los barcos otro de los hilos que nos une a nuestra patria y a nuestro pasado se habrá roto. Estaremos solos, en este lado del mundo, afanados en construir un lugar seguro para la llegada del resto de la flota. Cuando veamos sus velas llenando la boca de la bahía sabremos que, entonces sí, será la última ayuda que recibamos del exterior, probablemente por el resto de nuestras vidas.

Mientras mi mente se dejaba llevar por pensamientos de este tipo, mis ojos recorrían la gran tienda real cerciorándose de que todo estaba listo para el Consejo que se celebraría esa noche. En esa importante reunión el príncipe se sentaría con sus

capitanes, se analizaría nuestra situación actual y se decidirían los siguientes pasos que debíamos dar. Y por suerte yo estaría también presente, como escudero de Aldor y representante de mi familia.

Comencé a colocar cada uno de los asientos. En primer lugar el sillón de mi señor, con el dragón eyneo tallado en la madera del cabecero. Desde allí presidiría la reunión el príncipe Aldor, de la Casa Real de Sachais y hermano menor del heredero al trono de Eynea. Aunque Aldor era un gran guerrero, era su carácter noble y decidido, que le permitía tomar decisiones y guiar a sus hombres en los momentos más desesperados, lo que le había ganado la fidelidad de capitanes y soldados, incluso de los más veteranos. Y precisamente esta fidelidad y devoción que despertaba entre la población había sido el detonante de la trágica disputa con su hermano mayor y el germen de esta desesperada aventura.

La silla a su derecha sería ocupada por Meris, de la casa Valdam. Era el más fiel amigo del príncipe, salvo yo mismo, y uno de nuestros mejores luchadores cuando esgrimía su gran martillo de guerra. También era un gran capitán, muy querido por sus hombres. Los de la casa Valdam aún usaban nombres de estilo belenio, – su verdadero nombre era Merisnidar – y poseían costumbres y expresiones anticuadas. Meris amaba la tierra y sus vías, y era responsable de los exploradores. Como la mayoría de los habitantes de Roas, adoraba a Sarra, diosa madre de la tierra.

A la izquierda del príncipe hablaría Leonel de Litigatt, noble de la ciudad de Peramusa, y vinculado a la casa regente de Andrusis. Leonel no me era especialmente simpático, y sus modales pulcros y refinados no lo hacían alguien cercano a la tropa, pero no cabía duda de que estaba acostumbrado a mandar y dirigir, tenía amplios conocimientos de estrategia y diplomacia, y empuñando su afilado estoque era un peligroso enemigo. Además poseía el don del bardo, y su voz melodiosa podía envolver y convencer, influyendo en quien no estuviera alerta y tuviera gran voluntad.

Junto a Meris tomaría asiento Duncan, de la casa de Axils en la ciudad de Massos. Era un hombre de aspecto feroz y pocas palabras. Usaba el hacha de batalla, cuyo manejo aprendió entre los enanos kessareos, y portaba una oscura barba también a semejanza de los enanos. Dicen que aunque su destino era la dirección de las

grandes minas de Massos, su amor por la lucha y la aventura lo llevó a renunciar a todo para poder participar en las batallas que previsiblemente tendremos que librar. Aunque no es muy alegre ni conversador, ni siquiera cuando ha dado cuenta de varias jarras de cerveza – otra costumbre heredada de los enanos marrones, pues desdeña el vino eyneo–, Duncan es alguien a quien confiaría mi vida en batalla sin dudar.

Los otros capitanes que formarían el Consejo eran los dos primos de Aldor: Haludan Norve, que compartía todas las aventuras del príncipe, tanto en las noches de los muelles de Talía, entre piratas y borrachos, como aquí al otro lado del mundo, y Vilent Ruger, un joven belicoso y aguerrido que vivía en Nocia, pero que siempre que podía se escapaba para venir a Talía con nosotros. Más de una vez nos vimos envueltos en peleas de taberna por culpa del siempre desafiante Vilent.

Por último el séptimo puesto en la mesa era el mío, frente al príncipe y de espaldas a la puerta de la tienda, como correspondía a mi cargo de escudero, y representando a la casa Lacroix.

Además de nosotros siete, y como solía ser habitual en los consejos de Aldor, habría otras personas presentes en la reunión que actuarían como consejeros. Esta vez habría cuatro invitados, que ocuparían cada esquina de la tienda:

Siheler, la maestra navegante que partiría esa noche para guiar los barcos de vuelta a Contia, se sentaría al oeste. Era una mujer temeraria y resuelta, que había capitaneado las naves con valor hasta estas costas. Su nariz ligeramente aguileña no desmerecía su belleza, curtida por el sol y los vientos como una fruta madura. Los marinos competían por lograr gestas y proezas para ella, pues se decía que los más bravos eran invitados alguna vez a su camarote, a disfrutar del esbelto cuerpo que se adivinaba bajo el halat<sup>1</sup> y la melena castaña, aunque tal vez fueran sólo rumores.

Turanda, el clérigo de Eldor, guardián de la fe y guía espiritual de las tropas, ocuparía el extremo norte. Como superior de los sacerdotes del Dios de la Luz ostentaba la dignidad de Ilustrísima, reforzada sin duda por su aspecto imponente. Alto y delgado, vestía una larga túnica blanca plisada, con bordados azules y dorados, y su lustrosa barba blanca terminada en punta siempre lucía perfecta. De su cuello

1 Gabán de capitana con las insignias de maestra navegante.

colgaba un gran medallón dorado con el símbolo eldorita, el sol y las siete estrellas.

Goelynn, la misteriosa adivinadora de la Torre de Magia de Talía, escucharía desde el sur. Sus ropajes eran anchos y oscuros, y su talante, aunque silencioso, era brusco y poco femenino. Pese a ello siempre pensé que con un vestido de doncella al uso de la corte, y los tocados y perfumes habituales en las damas, sería sin duda hermosa. Su piel nívea contrastaba con su brillante melena ala de cuervo, y su nariz recta y firme poseía un extraño atractivo.

Finalmente el lado oriental sería ocupado por Caeneras el Viejo, geógrafo, historiador y guardián del saber, a quien tendré ocasión de describir en detalle más adelante. Por ahora baste saber que encarnaba a la perfección el modelo de sabio distraído, y a pesar de toda su erudición no había sido capaz de peinar sus dispersas canas para la ocasión.

---

Ya era de noche y algunos ruiseñores cantaban tras la empalizada cuando comenzó el Consejo. Una vez que estuvieron todos en sus asientos y se hubo alzado la copa de bienvenida, con la que Turanda dio las gracias a Eldor, el príncipe tomó la palabra.

- Compañeros, henos aquí en las costas del continente oriental. Mucho hemos luchado y trabajado para esto, y lo que hemos conseguido hasta ahora os lo debo a todos. No os ocultaré sin embargo que nuestros esfuerzos no han hecho más que comenzar, y que sólo con nuestra dedicación y la ayuda de los dioses lograremos convertir el sueño en realidad, y forjar un nuevo hogar para nuestras familias aquí en estas tierras.

Todos asintieron con aprobación, y esperaron a que el príncipe, que aún mantenía en alto la mano del escudo, terminara de hablar.

- Esta noche debemos analizar nuestra situación actual y decidir cuáles serán nuestros siguientes pasos. Debemos saber más de nuestro entorno, de dónde estamos y qué hay a nuestro alrededor, para lo cual los conocimientos de Siheler y Caeneras pueden ser de gran ayuda. Hay que planear una estrategia que asegure nuestra posición hasta la llegada del resto de la flota.

Aldor bajó el brazo, se ajustó el broche de dragón en su hombro izquierdo y miró al

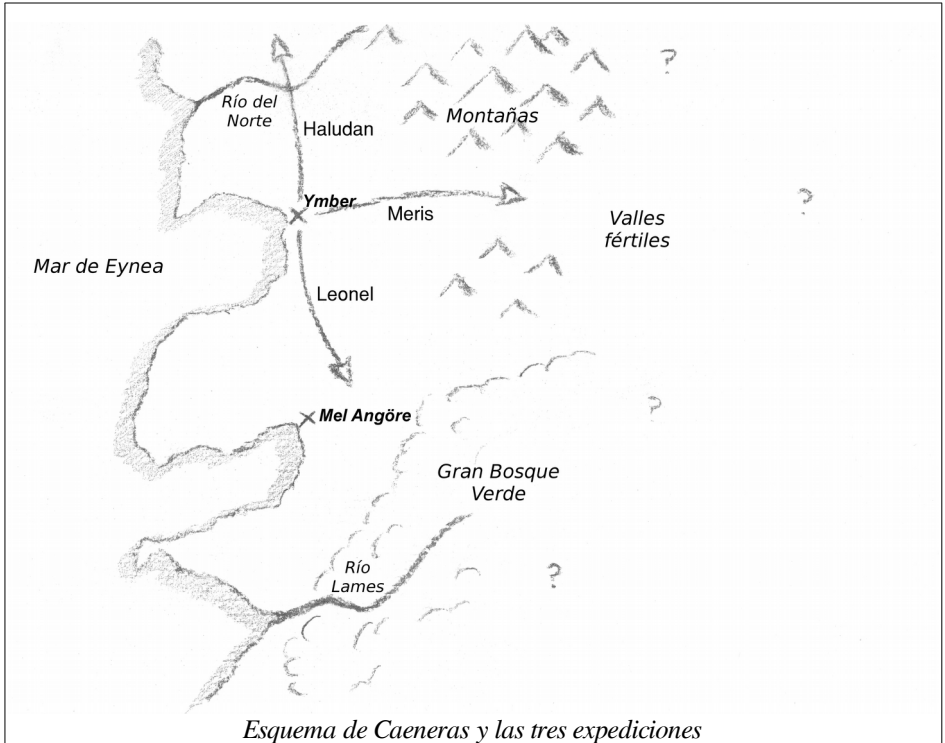
broche de Siheler, cuyo símbolo era el delfín. Ninguno de los capitanes habló, mirando al oeste y esperando las palabras de la navegante.

- Según mis cálculos – comenzó Siheler, tras cruzar sus larguísimas piernas enfundadas en cuero, – nos hemos desviado unas cuarenta leguas al norte del destino previsto, la bahía donde las historias sitúan el antiguo asentamiento de Mel Angöre. Sin caminos, y con el invierno encima, no será fácil llegar hasta allí. Por otra parte la flota tardará en venir. Aunque zarpemos ahora, debo navegar hacia el noroeste varios días, hasta encontrar el viento del norte que pueda devolvernos a Contia – todos pudimos imaginar lo que pensaba Siheler que ocurriría si el viento del norte no aparecía a tiempo, pues aún estaba fresco en nuestra memoria el terrible ataque de las serpientes marinas que habitan el Mar Boreal. La mano de la maestra navegante trazó un círculo de protección en el aire, solicitando el favor de Jaqoh, diosa del viento.
- Con suerte podremos celebrar la Fiesta del Saúco y el fin de año en Arkus – prosiguió Siheler, – y si todo va bien la flota podría estar aquí en el mes de Jaqoh, para el equinoccio de primavera.
- Bien, eso son cuatro meses – interrumpió Meris sonriente. Su mujer y sus numerosos hijos esperaban en el puerto contío.
- Si todo va bien – repitió la marinera. – En caso de que algo nos ocurra...
- He dado órdenes – se apresuró a zanjar Aldor – de que la flota se haga a la mar el Día de la Primavera, si no han recibido noticias nuestras. Sin saber de nuestra posición, podrían estar en Mel Angöre en el mes de Lebrak.
- Ocho meses – calculó Meris ya no tan alegre. – ¿Qué haremos hasta entonces?
- ¿Qué sabemos de esta zona? – preguntó a su vez Aldor mirando al geógrafo.
- Bueno, veamos – cuando Caeneras hablaba parecía estarse dirigiendo a un grupo de alumnos a los que aleccionaba sobre materias sumamente importantes.  
– Según los mapas y relatos que he podido consultar, esta costa se extiende desde el gran bosque verde al sur, donde un gran río al que llaman Lames desemboca en un enorme estuario, hasta las estepas nevadas al norte, más allá de la desembocadura de otro gran río sin nombre, al que de momento llamaremos



## Río del Norte.

Mientras Caeneras hablaba, sin otorgar posibilidad de discusión a los datos que iba aportando, trazaba unas concisas líneas con su bastón en la arena del suelo, para ilustrar su explicación. Con la otra mano sostenía su pequeña pipa de escaramujo.



*Esquema de Caeneras y las tres expediciones*

- En la costa entre esos ríos existen dos grandes bahías, la meridional donde *está* – remarcó esta palabra mientras miraba de manera firme a Siheler – Mel Angöre, y la septentrional donde nos encontramos ahora. Hacia el este, entre una cadena montañosa que protege el norte y el gran bosque verde al sur, hay grandes valles y campos fértiles.
- ¿Deshabitados? – inquirió Duncan.
- Es difícil de decir. En las crónicas de Mel Angöre se hablaba de unas tribus de hombres pequeños y oscuros que poblaban toda la región. Se les conocía como los *umi*. Pero hay que señalar – de nuevo el viejo historiador adoptaba su tono erudito – que han transcurrido nueve siglos desde las últimas noticias que

tuvimos del antiguo asentamiento. Se habló de una amenaza desde el este, y luego nunca volvimos a recibir una carta o señal de los mercaderes de Mel Angöre.

- Incluso los contios han dejado de visitar estas costas – añadió Siheler, – y dirigen sus mercancías a los puertos halaii al sur.
- Bien – tomó la palabra Aldor, – es evidente que necesitamos conocer mejor el terreno y su situación actual. A la vez, debemos reforzar cuanto podamos nuestra posición aquí, mejorando las defensas del campamento para estar preparados para lo peor. Así pues, se organizarán tres partidas de exploración, una hacia el norte, otra al este y la última hacia el sur. Cada una estará dirigida por uno de mis capitanes, y su objetivo será recopilar información del terreno, tanto geográfica y táctica como de recursos. Pronto necesitaremos mineral y carbón, además de grano, sal y cultivos propios de este clima.
- En caso de contactar con otras tribus humanas o de otro tipo – añadió Aldor como respuesta a la duda que asaltaba a todos los presentes, – debéis procurar entablar relaciones amistosas a ser posible. No atacaremos a menos que seamos atacados. Y por supuesto no debéis mencionar la ubicación de nuestro campamento base o el número de tropas con que contamos.
- Yo partiré hacia el este – propuso Meris, – pues deseo contemplar esos fértiles valles con mis propios ojos.
- Si nadie se opone – dijo a su vez Haludan sonriendo – dirigiré la partida hacia el norte. Os quedaríais congelados en mitad de la noche.

Todos reconocían que Haludan y sus hombres soportarían el frío mejor que nadie. Muchos eran pastores de las tierras altas, y disponían de gruesas capas de borrego y botas forradas.

- Bien, yo me ofrezco para encabezar la expedición hacia el sur – el que hablaba suavemente era Leonel. – Odio el frío. Y además me gustaría comprobar si hay algo de cierto en todas esas leyendas sobre elfos.
- Jovencito – le espetó Caeneras, – si os referís a esas historias apócrifas que publica el profesor Fragenboot debo deciros que sus datos no han sido

contrastados adecuadamente, y que si en cambio consultamos las crónicas belenias del Maestro Hecateris podemos llegar a conclusiones bien distintas.

El erudito podría haber continuado su perorata en contra de las teorías de su colega durante largo rato, pero el príncipe se apresuró a intervenir.

- Entonces estamos de acuerdo, las tres misiones partirán en cuanto estén listas y traerán toda la información posible. Duncan se encargará de mejorar nuestras defensas del campamento, y Vilent supervisará el entrenamiento de las tropas. Debemos resistir cualquier ataque hasta que llegue la flota.
- A la orden – exclamó Duncan con su voz ronca. – Debemos reforzar la empalizada, talar los árboles cercanos y cavar zanjas, y necesitaremos flechas y virotes. Pondré a trabajar a los hombres a primera hora.

En ese momento todos advirtieron un murmullo que provenía de una esquina de la tienda. Al dirigir allí sus miradas vieron que la maga Goelynn tenía los ojos cerrados y movía las manos en pequeños círculos. Se había manchado la cara de un polvo rojo oscuro, alrededor de la nariz, y su garganta emitía una suave letanía de sonidos entremezclados, sin pronunciar palabra alguna. De pronto se puso en pie, y pronunció una única frase: *uno de los tres capitanes no retornará con sus hombres.*

## Grunt

- ¡Cefe, jefe! - el rastreador llegó corriendo con la lengua fuera, trepando por la colina con un hulto en sus manos.

Grunt lo miró acercarse, mientras partía unas nueces con su hacha, sentado con la espalda apoyada contra un pino. Pensó que había tenido suerte con su rastreador. Era rápido y bastante tonto, seguía bien los rastros y pocas veces necesitaba el uso del látigo. Dejando el hacha a un lado, esperó a que llegara junto a él. Aunque su atención se dirigió inmediatamente a la caja que dejó a sus pies, no dejó de notar que el rastreador venía empapado de pies a cabeza. Era la primera vez que lo veía bañarse.

El resto de su pelotón se acercó también a investigar la causa del alboroto: Makain el arquero, segundo al mando, y Orff, el enorme porteador. Cuando el rastreador, al que llamaban Snev, pudo saborear la expectación de los tres pares de ojos que lo miraban intrigados, abrió la caja y los contempló satisfecho.

- ¿Botellas? - Grunt calculó cuánto sacarían por ellas en el campamento Rocarroja. Al parecer los hechiceros las usaban para guardar sus potingues, con lo cómodo que era usar una piel de reno o una tripa de jabalí. Grunt no lo entendía. Rápidamente perdió la cuenta de lo que podrían ganar, pero concluyó que no compensaría el trabajo de cargar con tan delicado material. No le darían nada por botellas rojas.
- Hueya, jefe - insistió Snev. Entonces Grunt se fijó en el olor que emanaba de una de las botellas, que ya se había roto.
- Es vino - dijo Orff a su derecha.
- Sí, vino de humanos - añadió Grunt. Ahora estaba contento. Esto sí valía la pena. Si lograba evitar que sus hombres se bebieran el vino, y que su superior lo requisara, podría obtener muchas cosas con aquellas botellas: carne fresca, plata para anillos, un buen revolcón e incluso licor de nuez fermentada.
- Hay más cosas - el rastreador interrumpió sus ensañaciones - abajo, en la playa.

Todos corrieron colina abajo, y al salir de entre los pinos divisaron los restos del naufragio en la orilla. Varias cajas y maderos rotos golpeaban las rocas con el oleaje, y en los charcos de la marea los cangrejos y los gobios investigaban curiosos unos

hultos destrozados.

En la arena de la cala que se extendía hacia el sur podían verse algunos tablones, dos cadáveres humanos y un caballo muerto. Grunt dio las gracias a Tarkhor<sup>2</sup> por su suerte, esa noche los cuatro comerían carne y beberían para celebrarlo.

- ¿Avisamos al sargento? – preguntó Orff.
- ¡Kun-salla!<sup>3</sup> – le insultó Grunt, – ¿es que quieres que nos dejen sin nada?
- Estos no son sureños – informó Makain tras darle la vuelta a uno de los cadáveres con el pie. – Tienen la piel blanca como elfos, pero el pelo negro.
- Es carne igualmente – sentenció el jefe orco.

2 *Señor de la Forja*, nombre que dan en Udukán al dios Trako.

3 *Imbécil*, literalmente “enano maloliente”.